

AL PROFESOR MAESTRO Y AMIGO MANUEL LORENZO DELGADO

Tomás SOLA MARTÍNEZ

Sería por el año 1972 cuando por primera vez conozco al profesor Manuel Lorenzo Delgado en la Escuela de Magisterio, responsable de los seminarios de prácticas semanales, que durarían un curso completo según los planes de estudios del 1967. Aquel tutor supo como nadie adentrarse en el corazón de unos futuros maestros llenos de ilusión y esperanza porque iban a proyectar su vida en la escuela que siempre habían soñado. Escuela que Manuel Lorenzo nos retrató como maestro que sentía y vivía un modelo educativo diferente al que la mayoría de nosotros habíamos recibido.

En mi Memoria y Diario de Prácticas de Magisterio, que aún conservo, se recogen una serie de aspectos que podrían servirnos de pilares profesionales para configurar un modelo de maestro enmarcado en aquella frase de Maria Montessori: «La tarea del educador solo puede tener como base la normalización del niño y conseguir la normalización del hombre y la renovación de la sociedad».

Aquella frase nos hizo a todos reflexionar e integrar en nuestros planteamientos como futuros maestros que la educación iba a ser esa actividad inherente al desarrollo del ser humano, potenciador de sus posibilidades y capacidades que construirán más tarde un modelo de sociedad en el contexto de máxima democracia y del mejor uso de la libertad.

El segundo aspecto que nos aporta en el primer seminario de practicas sería el famoso decálogo del prototipo de maestro que Gabriela Mistral enmarca en el «saber» y «compartir» y que como tesoro perpetuo supe grabar en aquella Memoria de Prácticas. Aquel decálogo Manuel Lorenzo lo vivía en aquel momento como maestro de 8.º de EGB como director del Colegio Salesiano San Juan Bosco de Granada y como profesor asociado en la Escuela de Magisterio Padre Manjón y que decía así:

AMA. Si no puedes amar mucho no enseñes a los niños.

SIMPLIFICA. Saber es simplificar sin quitar esencia.

INSISTE, repite, como la naturaleza repite las especies hasta alcanzar la perfección.

ENSEÑA con intención de hermosura, porque la hermosura es madre.
 MAESTRO sé fervoroso. Para encender lámparas basta llevar fuego en el corazón.
 VIVIFICA tu clase. Cada lección ha de ser viva como un ser.
 ACUÉRDATE de que tu oficio no es mercancía sino oficio divino.
 ACUÉRDATE que para dar hay que tener mucho.
 ANTES de dictar tu lección cotidiana mira a tu corazón y ve si está puro.
 PIENSA en que Dios se ha puesto a crear el mundo de mañana.

Aquel decálogo fue analizado, comentado y meditado durante las dos horas de seminario que a todos nos parecieron minutos. La afabilidad, el encanto y la bondad que aquel profesor transmitía a todos nos llevaba a desear que llegara la siguiente semana para volver a disfrutar de aquellos seminarios que nos acercaban a ver nuestra profesión como algo idílico.

Sería en el segundo seminario de prácticas cuando doce alumnos del último plan de estudios del 67 nos decidimos a realizar nuestras practicas en el Colegio Salesianos San Juan Bosco de Granada situado en el Divina Pastora 7 y en el que desempeñaba el cargo de director académico el Maestro Manuel Lorenzo Delgado.

Comenzamos todos a vivir un mundo nuevo en aquella escuela que Manuel Lorenzo nos había descrito en la teoría y que en la realidad nos decía que era posible. Los planteamientos del «sistema preventivo» de san Juan Bosco habían calado muy profundamente en aquel profesor, convirtiéndolo en un instrumento de una nueva pedagogía, haciendo convivir la práctica y la experiencia como un resultado de educar en positivo, de hacer crecer desde dentro apoyándose en su libertad interior, venciendo condicionamientos y formalismos exteriores para hacer posible aquella pretensión de convertir la educación en «el arte de ganar el corazón de los jóvenes de modo que caminen con alegría el recorrido de su formación».

Como director supo hacer de aquel colegio un lugar que acogía, una escuela que preparaba para la vida, un patio donde encontrarse bien con todos y una comunidad educativa que evangelizaba por medio de la educación. Fomentaba recursos que configuraban un ambiente de familia, alegre y sereno, creativo y sano.

En un artículo en la *Revista Historia de la Educación de Colombia* define su modelo de escuela como organización que tiene vida propia y que se va haciendo y construyendo en la historia:

Las escuelas, como las demás organizaciones, tiene vida propia que se va llevando a base de quemar etapas o fases que trascurren desde el nacimiento hasta la madurez o la decrepitud. En ese sentido, se dice que son una construcción, algo que se va haciendo en los tiempos y que tiene su propia historia (1999: 199).

La música instrumental y coral, los paseos y excursiones, el deporte, el teatro llenaban de alegría y vida aquel colegio que llegó a ser un gran referente educativo en la ciudad de Granada. El despacho de la dirección en aquella segunda planta del edificio custodiaba los instrumentos musicales que semanalmente serían utilizados por un grupo de jóvenes para preparar la Eucaristía y conciertos en las fiestas del colegio. Muchos recreos eran aprovechados para ensayar con D. Manuel

y llenar de vida aquellos espacios. Despacho también como lugar de encuentro con el compañero y amigo que sabía transmitir como nadie ilusión e ideas para llevarlas a la práctica en aquella comunidad educativa. La dulzura en su hablar y obrar lo gana todo y a todos generando un clima de convivencia y de familiaridad.

En toda esta actividad directiva se reflejaba un liderazgo que más tarde lo definiría en sus escritos como liderazgo transversal o clave importante para llevar a cabo la dirección de un centro. Así en la revista *Enseñanza* manifiesta:

«El liderazgo entendido como una competencia transversal o clave de la dirección, esta a su vez integrada por otras competencias específicas o más concretas. Ese marco posibilita también fundamentar cierto número de actividades como propias de la dirección entendida como liderazgo» (2004: 193).

Manuel Lorenzo había leído y estudiado muy detenidamente a dos arquitectos teórico-prácticos de la pedagogía humanista cristiana, san Juan Bosco y el padre Manjón. Del primero recibió toda una formación vivencial que le marcaría con una inteligencia aguda, gran sentido común y profunda espiritualidad en el acuñamiento del lema «educar es cosa del corazón». Del Padre Manjón diría él en un estudio sobre la enseñanza de la lectoescritura en 1980 que era el pedagogo de la práctica. Con ser importantes –dice– las obras pedagógicas vivas que el padre Manjón ha fundado. Si en vez de juzgar obras didácticas de pedagogía se juzgasen las obras en acción, habría de afirmarse que el fundador de las Escuelas del Ave María es el primer pedagogo español de los tiempos modernos.

El 14 de agosto de 1974, después de todo un año académico de prácticas de magisterio y asistencia semanal a los seminarios formativos, me hace una visita acompañado de dos representantes de la Institución del colegio. Después de un agradable almuerzo me manifiestan el deseo de contar conmigo como maestro para el curso 1974-75. Ese curso inicié mis primeras andaduras como docente con Manuel Lorenzo como director. Nunca podía pensar en esa providencia: estar en el colegio ideal de maestro novel y dirigido por el que a todos nos había formado. Desde esa fecha hasta su partida al Padre Eterno toda una vida a la sombra del maestro que supo entregar lo mejor de sí mismo.

Confianza y apertura produjo en nosotros una atmósfera interactiva en la que a veces en el marco de la libertad, con variedad de visiones, programábamos los resultados en una contribución única, porque su actuar emergía de una profunda preocupación por el trabajo firmemente sentido y poderosamente comunicado.

Fue mi maestro y el maestro de tantos y tantos que bajo el halo cálido de la afabilidad se convirtió en compañero de viaje en un pequeño destello de la Verdad. Incansable en la tarea permanente académica, aprovechando hasta los viajes en tren, avión o autobús para ir preparando exposiciones, conferencias, revisión de tesis. Inagotable su energía para llevar a cabo programas en diferentes lugares del mundo: Chile, Ecuador, México, Colombia, Portugal. Incontables sus aportaciones y colaboraciones en revistas porque no sabía decir que no a cualquier oferta que contribuyera a mejorar la educación.

Su inteligencia, su mansedumbre, calidez humana, su veneración por la educación configuraron una escuela, en la convicción de todos los que colaboramos con él, de que sin utopías no hay avance humano ni educación humanista. Las utopías, decía en algún momento, no son un falseamiento de la realidad, sino un recurso necesario para explorar sus posibilidades reales.

En la conferencia inaugural del Programa de Doctorado Internacional en 1996 en la Universidad de San Francisco les decía a aquellos alumnos:

No es posible hablar, pues, de educación humanista sin poner en juego el deseo, la fantasía, la reflexión profunda, la libertad y la utopía. Apostad fuerte por este nuevo reto porque en educación hemos de apostar por el futuro incierto y plural con desafío estimulante.

La escuela, la universidad, las aulas, no pueden ser espacios de monopolios privilegiados del aprendizaje. Los escenarios tienen que aplicarse a los contextos comunitarios, familiares, laborales. La excelencia de este Programa está en minar las entrañas de la propia realidad y en formar una conciencia de transformación que apueste por una sociedad más justa que ponga al ser humano y todas las formas de vida como el centro de un nuevo orden mundial.

Creo que en esta cita se concentra mucho de su inquietud profesional, humana y espiritual.

Quiero acabar recordando aquel broche poético que gustaba de mencionar al finalizar el trabajo de defensa de tesis: el viaje de Ítaca. Viaje de Ulises que debía empezar por el poema de Kavafis. Porque nuestra vida es un viaje a la Ítaca personal, porque lo mejor que podemos llevar con nosotros durante todo el trayecto es aquello que nos hace crecer como personas, como seres humanos, porque, porque al final del viaje seremos sólo aquello que hayamos sido capaces de aprender. Manolo, tu viaje a la Ítaca celestial llegó el día 6 de julio del 2014. Los que caminamos contigo en la Ítaca terrenal más de cuarenta años, tus amigos más cercanos y tu familia, sabemos que ibas con las alforjas cargadas de buenas obras, de entrega generosa y de un amor incansable en el trabajo, esas son tus bellas mercancías que nos dejaste en un modelo de escuela a vivir y que te llevaste para presentarlas ante el Altísimo.

¡Gracias, Manolo! No hay palabras para expresar tanta gratitud a tu noble trabajo. ¡Muchas gracias! Digna labor y merecido reconocimiento por fomentar la educación de generación en generación inculcando valores y sembrando el conocimiento, formando mejores ciudadanos en todos los rincones del mundo.

¡Gracias, Maestro!

Tu siempre amigo Tomás Sola Martínez

BIBLIOGRAFÍA

- Lorenzo Delgado, M. (2004). La función del director escolar: Una competencia transversal. *Enseñanza & Teaching*, vol. 22, 193-211. Salamanca.
- Lorenzo Delgado, M. y Castro González, E. (1999). La complejidad del liderazgo en las instituciones. *Revista Historia de la Educación*, vol. 2, 199. Bogotá.
- Sola Martínez, T. (1974). Memoria de Prácticas de Magisterio(Inédito). Universidad de Granada.